



PEDRO ÁNGEL PALOU

MÉXICO

LA NOVELA



ESPASA

PEDRO ÁNGEL PALOU
MÉXICO. LA NOVELA

© Pedro Ángel Palou, 2022
© Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V., 2022
© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta México

Primera edición: julio de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 11.154-2023
ISBN: 978-84-670-7021-7

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Rotoprint
Impreso en España/*Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

¿Es esta su ciudad? ¿Es acaso este su nombre?

La ciudad se llamaba Tenochtitlan, y el nombre de él era Opochtli, el de la mano izquierda, porque siempre dibujaba con esa mano, a pesar de la oposición de su padre, Tenampí Cuautle. No conserva su nombre, ha perdido su altépetl.

Todo su mundo ha sido sepultado en las ruinas de la ciudad. Su padre prefirió quitarse la vida antes de perecer por la mano de los españoles, dejándolo en la orfandad a él y a su hermana. Como los cadáveres amontonados en las calzadas, hediendo y pudriéndose así sus recuerdos de esos días finales. Han pasado ya más de cinco años y ahora este lugar se llama Ciudad de México, capital de la Nueva España, y a él le han cambiado también el nombre: ha pasado a llamarse Diego. Así lo han bautizado. A él, como a otros pocos *grandes*, les han dejado conservar el apellido; a los demás también eso les han quitado. Diego Cuautle habla mexicano y castilla, y ahora también el latín de los frailes. Ellos dirían que corre el año del Señor de 1526.

Pero sigue siendo en su lengua materna que se pregunta si esta es su ciudad aún, si debajo de los recuerdos y los cadáveres y las casas destruidas ha quedado algo de él, de los suyos.

Hubiese estudiado, como su padre, en el calmécac. En cambio, los frailes se lo han llevado a su casa cerca del Templo Mayor, donde están edificando un convento grande que llamarán San José de los Naturales. Él los acompaña muy seguido a ver las obras. Quieren que siga estudiando y luego se ordene, como ellos, de sacerdote.

Le ha tomado cariño uno de los frailes que llegó apenas hace dos años, fray Toribio. A los frailes los recibieron Cortés, Pedro de Alvarado y Cuauhtémoc entre fiestas que duraron varios días. A fray Toribio no solo le interesa que dibuje o le lea antiguos libros de figuras, sino que le cuente de su vida personal antes de la destrucción de la ciudad. Que le refiera todo acerca de su fundación, de la llegada de su pueblo al valle, de los esplendores de Tenochtitlan.

Esta mañana de septiembre apenas clarea y se despeja el cielo de una incipiente llovizna. Fray Toribio lo invita a salir del convento, a que lo acompañe a comprar unas cosas junto al Portal de Mercaderes, que estaba en obra. Todo el lugar era un lodazal y se inundaba mucho. Caminan un largo tiempo hasta ahí, al lado del edificio del Primer Cabildo, en esta que ya no es su ciudad, sino la que ellos, los teules, llaman Ciudad de México.

Lejanos parecían los días de la limpieza del altépetl, cuando Hernán Cortés se fue a vivir a Coyohuacan mientras mandaba sepultar los miles de cadáveres que hacían imposible el tránsito. La fetidez aún no la abandona, y sabe que así será mientras camina por las calles recientes de la nueva traza de la ciudad que el capitán Malinche, como le llamaban a Cortés, mandó a hacer a Alonso García Bravo. A ese soldado, a quien los españoles llamaban buen geométrico, se le pidió que hiciera la nueva delineación allí donde antes estaban el Templo Mayor y las casas del tlatoani Moctezuma y de sus principales. Ahora ni siquiera se puede caminar por los tantos *indios* —así les llaman los teules a los mexicas porque equivocadamente un marino, Cristóbal Colón, creyó que en estas tierras se hallaban las Indias, según le han explicado los frailes en Tlaltelolco.

Indios y españoles van y vienen en un frenesí de construcción. Todos quieren tener una casa, o mejor un pequeño fuerte, en el solar que les ha sido asignado por ganar la guerra y destruir a los suyos. El propio Cuauhtémoc, quien vivía ahora en Tlaltelolco, en un palacio que llaman el Tecpan, fue puesto al frente de quienes limpiaban la ciudad y él tenía que pedirles a sus antiguos súbditos que destruyeran las casas y los

templos para edificar la ciudad nueva. ¡De dónde iban a sacar las piedras para tanta y tanta casa solariega! Los predios repartidos a estaca y cordel. Si el español fue conquistador tiene derecho a propiedad de dos solares, pero deberá construir en ellos o podría perderlos.

—Mala costumbre de esta tierra —le dice fray Toribio a Diego—, porque los indios hacen las obras y a su costa buscan los materiales y pagan a los pedreros y carpinteros. He visto que si no traen de comer ayunan para seguir trabajando.

—No es costumbre, Motolinía, es por obligación. Les pegan o los maltratan. No sabe cuántos ya han muerto por andar acarreando piedras de un lado para otro. No es vida para ellos, pero no tienen elección.

—¿Por qué me dices *Motolinía*, hijo? —A Diego le molestaba aún que fray Toribio le llamara así, como si su padre verdadero no hubiese muerto por culpa de ellos, de los teules.

—¿No le han dicho? Por pobre, pero también por lástima. Repito lo que oigo. Todos le llamamos así porque nos causa compasión la pobreza de su ropa rota y vieja.

—Fue el viaje desde Veracruz hasta aquí, o quizá la misma travesía, la que nos destruyó los hábitos. Pero me gusta el nombre. Creo que cambiaré el mío. Dejaré de llamarme Benavente. ¿Me dirías Toribio Motolinía? Es la primera palabra que aprendo de tu idioma. Es como si tú también, hijo mío, me hubieses bautizado. Será más fácil además para vosotros llamarme así.

Caminan por la plaza Mayor rumbo al predio que será el nuevo convento. Hernán Cortés ha edificado un hospital en el lugar donde él y el tlatoani Moctezuma se encontraron por vez primera. Se contempla desde unas calles antes el Hospital de Jesús, a donde también Motolinía va algunos días a oficiar misa. A Diego le ha impresionado el artesonado del techo y la hermosura del edificio. Ahora lo ha acompañado a socorrer enfermos y bautizar niños recién nacidos. Bautizar es una obsesión para Motolinía, piensa que solo así estas gentes como él dejarán de ser bestias para ser salvados por su Dios.

Es viernes y el carcelero mayor tiene permiso de salir a pedir limosna por las calles. Se lo topan de frente y le pide monedas al fraile. No tiene ni dónde caerse muerto. Menos aún Diego Cuautle, tlacuilo devenido en informante y lazarillo de caminantes. El carcelero convertido en mendigo se da de bruces contra un grupo de indios que arrastran en carreta enormes piedras. Una mula cansada les sirve de ayuda. Hace tiempo que hay que cuidar a los animales. Una ordenanza prohibió que anduviesen sueltos por las calles, so pena de confiscarlos a sus dueños. Ahora están guardados en los solares, muchas veces amarrados.

Esta es la ciudad del barullo, de la construcción y de las ordenanzas. Todo quiere tasarse, medirse, regularse. Mientras esto ocurre, la antigua Tenochtitlan se ha convertido en la Ciudad del Caos. La plaza de Armas repleta de comerciantes ha obligado al cabildo a exigirles a los dueños de las mansiones que construyan unos soportales para socorrer a los mercaderes y protegerlos así de las inclemencias del tiempo. El Portal de Mercaderes está en pleno levantamiento, otra obra más.

—Esta es una ciudad con prisa —le dice fray Toribio—, todo el mundo está preso de urgencia ante las multas y las nuevas reglas. Un marco de oro, hijo, debe pagar quien no haya limitado aún su propiedad y puesto puertas hacia la calle. Pero no todo soldado es Hernán Cortés, cuyo palacio (porque eso no es una casa, míralo) ha requerido seiscientas vigas de cedro. Nadie puede salir tampoco a sus pueblos de encomienda, so pena de perderla, porque hay tan pocos españoles que se teme un levantamiento de indios. Hace dos años les dieron plazo para cercar sus solares o podrían perderlos.

Diego Cuautle piensa, a pesar del cariño que le tiene a Motolinía, que eso estaría bien. Diezmada la ciudad de conquistadores no sería difícil tomarla por asalto, reducirlos a nada. Pero guarda silencio. Fray Toribio le señala la calzada de Tacuba, antes Tlacopan, y le comenta que se han repartido ya varias huertas a lo largo a nuevos vecinos. Seguirán llegando españoles como murciélagos, ciegos y rapaces, a ocupar cada vara de la ciudad.

Van hacia lo que será el convento de San Francisco, el fraile quiere supervisar la obra de la casa y de la iglesia. Cuarenta indios trabajaron asombrados con la bóveda de la iglesia, maravillados de que no se viniese abajo cuando se descimbró. Ahora están decorando los retablos y dando los toques finales. En un par de meses se trasladarán todos aquí. Se lo comenta a Diego. Uno de los albañiles, Lopillo, siempre se acerca a fray Toribio e intenta besarle las manos. El fraile lo ataja y le da un abrazo. Se ha vuelto un tallador de madera y esta vez le muestra a Motolinía una escultura de san José que está terminando. Justo hoy también Diego ha dado por concluido su libro de figuras sobre la consagración del Templo Mayor. Cuando van de regreso a casa pasan por allí, después de cruzar la plaza. No se han atrevido aún a destruirlo, pero Diego sabe que no tardan en desmantelarlo piedra por piedra hasta no dejar nada. Se acuerda de cómo Pedro de Alvarado destruyó las piedras de sacrificio y la imagen de Huitzilopochtli, el Colibrí Hechicero. Zurdo como él. Dios de la Guerra y el Sol. Los cien escalones del Templo Mayor se yerguen, empecinados, ante la extraña pareja.

—Vi tu libro de figuras hoy, hijo. Es hermoso y me ayuda tanto a entenderos. El año 8-caña es en realidad el año del Señor de 1487, cuando consagrasteis vuestra diabólica mezquita. —Diego no se acostumbra a que se refiera así a la antigua religión que no desea desaparecer, así como así, pero como con tantas otras cosas guarda un silencio manso—. Ahuízotl sucedió a Tízoc y a él se le debe el punto final de la obra.

—Espinoso de agua.

—¿Cómo?

—Ahuízotl, «espinoso de agua». Tízoc quiere decir «pierna enferma». Este último fue quien realmente inició el templo. Muchos años tardó su construcción, padre.

Cada vez que le llama así se detiene de súbito, recuerda el otro significado del vocablo y siente rabia. Recuerda su orfandad. No tiene nada, le han quitado todo. Ni siquiera su antigua ropa. Ahora viste ese tosco hábito de los frailes, que lo acalora. Se siente extraño en su propia tierra. ¿O es que ya no es suya del todo?

—¡Tantas cosas ignoro, hijo!

Llegaron a casa y fray Toribio le pidió que lo acompañara a su celda a *leer* juntos el libro de figuras, pero se encontraron con fray Pedro de Gante y mejor sacaron unas modestas sillas de palo al patio; los tres estaban viendo los dibujos de Diego Cuautle y escuchando sus explicaciones. La primera lámina era más bien un mapa. El lago de Texcoco ocupaba buena parte de la superficie del plano. Con el dedo él les indica cómo desde Iztapalapan se sigue hacia el norte al pie de los cerros del Tepeyácac, al oriente hacia Chapoltepec. Más allá, al sur, Xochimilco, otro lago unido por un canal con mucha corriente. Y les señala el islote mexicana donde se hallan ahora, unido apenas por las calzadas que los españoles dejaron intactas, como las que conducen a Tacuba o Tlaltelolco. Les muestra los barrios *profanos*: Moyotlan, lugar de los moscos; Teopan, en el templo del barrio; Atzacualco, donde queda la compuerta de agua; Cuepopan, sobre la calzada.

En medio de ese mapa, hecho de agua y de pequeñas parcelas de tierra, el Templo Mayor y sus setenta y ocho edificios.

—¿Y este otro templo? —pregunta fray Pedro.

—El templo de Tezcatlipoca, el Espejo Humeante. Señor de la Noche.

Los frailes se santiguan. Hablan en latín entre ellos. Siempre lo hacen así, pero él ya ha ido aprendiendo y siente que pronto entenderá todo.

En su dibujo se alternan casas y chinampas, hortalizas y huertos alrededor del templo de tres puertas, una para cada calzada principal. Los canales con sus canoas y el recinto de las fieras y de las aves de Moctezuma, donde ahora se edifica el convento. Es un detalle ponerlo allí, solo como referencia. Ni siquiera lo notan los frailes. No le preguntan nada sobre el lugar. Moctezuma tenía aves de todos los confines, cientos de ellas, para contemplarlas, para escucharlas cantar, pero también por la hermosura de sus plumas que adornaban los penachos y los escudos de sus guerreros.

—Has dibujado bien el lugar de los sacrificios endiablados —dice Motolinía y señala la piedra encima del templo, entre las dos columnas. La sangre brota del guerrero.

—*Téhcatl* es el nombre de la piedra. No solo son prisioneros de guerra, también enanos, albinos, niños, sacerdotes, músicos, prostitutas, esclavos. Todo dependía de la ceremonia.

Después de comer con los frailes en el humilde refectorio un caldo de guajolote —que llamaban gallina de la tierra— y pan, va a la biblioteca a escribir y dibujar. No le gusta el pan, prefiere la tortilla. Pero a los frailes les encanta, van todos los días al molino y traen su masa y hornean hogazas duras y sin sabor que mastican con las dentaduras viejas. Diego tiene que mojar el pan si quiere encontrarle alguna gracia.

En la biblioteca, que no es otra cosa que un cuarto con mesas toscas y taburetes y una estantería que guarda unos pocos volúmenes, él se refugia. Le han enseñado a leer y a escribir en castellano y empieza con fray Pedro clases de latín. Prefiere no leer los gruesos libros de los hermanos. Se guarda en sus libros de figuras, en las listas de vocablos que le piden que ponga en dos idiomas. En algunas ocasiones acompaña a otros frailes al mercado de San Juan, el mercado de indios, por plantas medicinales. Le han enseñado a dibujar las plantas como a ellos les gusta y él debajo pone el nombre en mexicano y en castellano. Al menos treinta dibujos ya les ha hecho. Motolinía le pide explicaciones y anota en un pergamino las que llama *relaciones*, aunque Diego solo les diga historias viejas, las que escuchó en casa y que seguramente su padre y el padre de su padre oyeron antes de sus mayores. Si no fuera por él, piensa, cómo se enterarían los frailes de la naturaleza verdadera de las cosas de la que llaman Nueva España.

Para ellos esta ciudad tiene cinco años.

Para él, en cambio, cientos. Es Mexico, el lugar del ombligo de la luna.

Es su lago y sus canales, es su tierra y sus chinampas. Aunque la antigua casa de piedra de su padre haya sido destruida. Aunque sus padres hayan muerto. Aunque se empeñen en edificar otra encima.

Se va haciendo tarde en el minúsculo claustro y lo envían a dormir con los suyos. Otros cuatro jovencitos como él, todos *tlacuiloque*. No les gusta a los frailes que hablen en mexicano entre ellos, porque no saben aún suficientes palabras

como para entenderlos, pero a ellos no les importa. Tan pronto como se quedan solos cambian de lengua. Ellos mismos tampoco entienden todas las palabras de los frailes, y mientras unos y otros se quedan dormidos solo se escuchan los rezos de los españoles y las palabras inconexas, los insultos de los jóvenes mexicas allí recluidos, evangelizados, bautizados, encerrados.

Diego Cuautle piensa en su hermana. Desde hace días no se puede quitar de la cabeza a Ixtlilpactzin, Carita Alegre. Le ha pedido a fray Toribio que consiga que se puedan ver. Necesita saber cómo está, qué ha sido de ella. Sabe que la han casado con un soldado de Cortés, pero a él no le permitieron asistir a la boda. Pocas, como ella, tuvieron esa suerte. Si a tal destino se le puede llamar de tal forma. *Pipiltin*, hijas de nobles. Algunos de los caciques han podido incluso conservar sus casas en la que llaman calle de la Acequia. Muy pocos, los más cercanos a Moctezuma. A su hermana la llamaron Leonor en el bautismo: doña Leonor Cuautle. Le agregaron *doña* después del casamiento, no tendrá más de quince o dieciséis años. Antonio Marmolejo es su esposo y tiene casa y un buen solar. Hace un año de la boda. ¿Habrán tenido un hijo, una hija? Sabe que viven en la calzada de Iztapalapan y que su casa tiene frente hacia la calle y al acalote, uno de los canales principales que lleva al lago. Calle llena de puentes de piedra, como la de la Acequia, por donde transitan a pie o en canoa miles de personas todos los días. ¡Qué son ellos dos, miserables piedrecitas en medio de la tierra y el lodo y la muerte!

Se duerme pensando en el rostro hermoso y alegre de su hermana. Lanza entonces una maldición en su lengua: esta será la ciudad de los desastres y arrasará con todos, sepultándolos. Será la ciudad de las inundaciones y de los terremotos. Como le ha dicho Motolinía: las siete plagas de Egipto volverán a Tenochtitlan.

Esa será su venganza.